



FUNDAMENTOS Y PRINCIPIOS DE LA EDUCACIÓN CUBANA

ARMANDO HART DÁVALOS (*)

RESUMEN. En este artículo se pretende, de manera sintética, ofrecer la memoria histórica de los Clásicos Cubanos, especialmente de José de la Luz y Caballero y de José Martí, de quien se celebra el ciento cincuenta aniversario de su natalicio. Desde el reconocimiento de su sentido ético profundo, y en los comienzos del siglo XXI, se hace una llamada para que las enseñanzas de sus vidas estén presentes ante los desafíos de la civilización occidental. Se invita a reflexionar sobre tantos temas pendientes, ideológicos y culturales y sobre todo educativos, que en más de veinte siglos de historia están por resolver. Para conocer el pensamiento latinoamericano y caribfeño en el siglo XXI, no existe un camino mejor que estudiar la historia real, las ideas, las obras, de personalidades que nos han precedido.

ABSTRACT. In this article we pretend in a synthetic way, to offer the historical memory of the Cuban Classics, specially of José de la Luz y Caballero and José Martí, of whom we celebrate the one hundred and fifty anniversary of his birth. From the recognition of his deep ethical sense and at the beginning of the 20th century, a call is made for the lessons of their lives to be present in the defies of the western civilization. We are invited to reflect about so many ideological and cultural and educational themes that in more than twenty centuries of history are still to be solved. To know the Latino American and Caribbean thinking in the 21st Century there is no better way than studying the real history, the ideas, the work and the personalities.

En el periodo forjador de la nación cubana, en la primera mitad del siglo XIX, José de la Luz y Caballero considerado el fundador de la Escuela cubana señaló en uno de sus numerosos aforismos que «instruir puede cualquiera, educar sólo quien sea un evangelio vivo». Años más tarde, José Martí, continuador de esa línea de pensamiento pedagógico precisó que: «Instrucción no es

lo mismo que educación: aquella se refiere al pensamiento, y ésta principalmente a los sentimientos» y añadió que «el pueblo más feliz es el que tenga mejor educado a sus hijos en la instrucción y en los sentimientos¹». Ambas figuras reflejan lo que ha sido una orientación clave de la pedagogía cubana, concebir la escuela en el contexto más amplio de la sociedad para poder

(*) Presidente del Centro de Estudios Martianos. La Habana (Cuba).

(1) José Martí, OCT 19, p. 375, Edición Karisma Digital.

contribuir de modo eficaz al objetivo de preparar al hombre para la vida y ponerlo en consonancia con su pueblo y con su tiempo.

Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Martí y Enrique José Varona, es decir, los más altos exponentes, brillaron como pedagogos y sus ideas filosóficas nacieron de las necesidades del quehacer educacional, lo que dio a sus textos un contenido didáctico y por tanto, una capacidad de exposición clara como reclama el oficio de enseñar.

En Varela y en Luz hay un acento que parte de sus concepciones religiosas y se inspira en sus principios éticos cristianos. En Martí, la sensibilidad ética y la vocación hacia la acción revolucionaria concreta lo lleva a concebir la educación como una vía esencial para la mejora humana y para alcanzar la felicidad junto a la búsqueda de lo que él llamó el equilibrio entre naciones e incluso entre las facultades emocionales y las intelectuales de cada hombre. En Varona, el énfasis se pone en la formación científica sobre el cimiento ético heredado. En los cuatro está presente un pensamiento humanista radical de valer universal en el que se articulan corrientes diversas tributarias de una identidad que sirve de sustento a las ideas filosóficas cubanas. Todo esto, como señalamos, alumbró el quehacer pedagógico concreto y las posibilidades de transformación ética del hombre a partir del desarrollo de la educación, la ciencia y la cultura.

Entre los principales exponentes de la filosofía cubana —Varela, Luz, Martí y Varona— no se produjeron choques irreconciliables, como tuvo lugar en la historia intelectual de Europa, muy por el contrario, se revela una continuidad y enriquecimiento entre las ideas de todos ellos. Es cierto que existen pensadores cubanos que no compartían esas ideas, como es el caso de los reformistas y autonomistas, que para algunos análisis específicos hicieron aportaciones a tomar en cuenta, pero la línea central de la historia intelectual de Cuba superó radicalmente a estas corrientes.

Otra característica singular de los forjadores del pensamiento pedagógico y filosófico cubano está en que tienen una marcada tendencia hacia la acción social y específicamente política, es decir, no se desconoce sino, por el contrario, se tienen muy presentes orientaciones hacia la práctica. Ellos persiguen encaminar su acción hacia el propósito de la justicia y a partir de una política culta. Varela, diputado a las Cortes de 1820, emigrado por razones políticas, fue un combatiente a favor de las ideas separatistas; Luz y Caballero realiza análisis sociológicos, incluso de carácter jurídico, y formula propuestas al respecto, pero se proyecta especialmente en la práctica de enseñar. En estas figuras, el ideal de la cultura tiene que ver con la integración y la aplicación real de las ideas éticas y patrióticas.

Hoy, más de un siglo y medio después y en los inicios del tercer milenio de nuestra era, el reto fundamental del pensamiento a escala universal viene dado por la disyuntiva: integración o fragmentación. He ahí la vigencia de ese legado que queremos destacar.

La orientación que nos viene de nuestra tradición intelectual está dirigida precisamente a la búsqueda de la integración de las diversas esferas de la cultura, la ciencia y la educación. Luz estaba interesado en demostrar que existía una sola ciencia y que los fenómenos de las llamadas ciencias morales y los que pertenecen a las intelectuales eran diferentes modos de manifestarse esa sola ciencia. Para Luz existía la misma relación entre la moral y las ciencias intelectuales que la que se manifiesta entre la química y la física.

Un punto importante del pensamiento de Luz se halla en su célebre principio «todos los métodos y ningún método, he ahí el método». También postulaba que «para vestir un santo no debe desvestirse a otro». Rechazó el eclecticismo porque conducía a conclusiones amalgamadas y confusas al servicio de los intereses creados y

porque carecía de un diseño matriz esencial. A tono con esto, promovió los métodos electivos para la adquisición de los conocimientos que tomó de las enseñanzas de su tío José Agustín Caballero. Se elige para algo, es decir, con algún objetivo. Dentro de la tradición cultural cubana, el propósito de elegir va orientado a hacer prevalecer la integración de la cultura teniendo como guía la práctica de la justicia. Constituye sin duda un testimonio elocuente de las concepciones sumamente avanzadas que había alcanzado la cultura cubana en la primera mitad del siglo XIX.

Luz exige de las ciencias intelectuales o espirituales y por tanto de la moral, su comprobación práctica, es decir, su confirmación con el ejemplo. El valor de sus ideas se halla en que sólo con la integración de las diversas ramas de la cultura se puede alcanzar la racionalidad y la comprensión científica acerca de la importancia de la ética. Porque para Luz y Caballero, esta última se interrelaciona con todas las formas del actuar tanto en lo individual como en lo social:

[...] Fisiología, y quien tal dice, dice Física, Historia natural, Anatomía comparada, Medicina, Matemáticas (porque es menester notar la marcha del espíritu humano en todos sus ramos). Psicología y por descontento Ideología, Gramática, Lógica; y quien así se explica, ya incluye todos los recursos de la Crítica y Filología, y por encima de todo y para todo una razón sumamente fortificada y maestra en el ejercicio de la investigación; en una palabra, para el estudio del hombre es menester más que el hombre, toda la naturaleza².

Por eso, en nuestros días, las tendencias egoístas insisten en aislar y desconectar las diversas ramas o especialidades en perjuicio de una visión integral. No es que la

especialización deje de tener importancia fundamental en estos tiempos de grandes avances científicos pero el valor definitivo de la cultura está dado por su integración, presidida por un sentido ético universal.

A propósito de algunos debates y problemas contemporáneos, analicemos ahora esta cuestión a la luz del lenguaje y su relación con el contenido de los mensajes. Se ha llegado a situar el lenguaje como elemento más importante que el propio contenido que debe expresar. Se intenta, de manera muy negativa, absolutizar su valor dándole preeminencia a la forma sobre el contenido.

El llamado pensamiento postmoderno norteamericano en la medida, en que tiende a la desintegración cultural y emplea de manera tergiversada las formas del lenguaje planteándose como un valor absoluto, presenta la imagen distorsionada del contenido para que se corresponda con sus intereses egoístas. Los poderosos medios tecnológicos de comunicación nos trasladan masiva y sistemáticamente su mensaje desintegrador de la facultad humana de pensar a través del manejo distorsionado del lenguaje. Asimismo incitan a la violencia, el odio y por lo tanto, tratan de aplastar la capacidad humana de amar.

La ética es la clave más profunda y sólida para acercarse unos hombres a otros. Desde luego, se necesita como complemento el lenguaje, que debe ser preciso y alcanzar la mayor perfección posible, pero aislado de la moral es incompleto e incluso da lugar a la irracionalidad.

Obviamente, la moral sin el lenguaje también es incompleta y puede conducir a los mismos desastrosos efectos. Ética y lenguaje son dos elementos esenciales de la comunicación humana y social y en tanto la primera abarque los intereses de mayor número de personas

(2) J. de la Luz y Caballero: *Cuestión de Método si el estudio de la Física debe o no preceder al de la Lógica, en la Polémica Filosófica*, Biblioteca de Clásicos Cubanos, 2000, vol. 1, p. 87.

hasta comprender a toda la humanidad, tendrá más fuerza comunicativa. Pongamos ejemplos prácticos. El poder de comunicación de Fidel Castro se fundamenta en su dominio del lenguaje y en el contenido ético de valer universal presente en el mismo. Este dominio le sirve para matizarlo, entenderse con el mayor número de personas y llegar a las amplias masas.

Don Fernando Ortiz, calificado de tercer descubridor de Cuba después de Colón y Humboldt, porque investigó y descubrió la naturaleza híbrida de nuestro origen cultural: el mestizaje nacido de españoles, africanos y diversidad de nacionalidades más, definió sobre estas bases nuestra cultura como un ajiaco, plato cubano en que se mezclan los más diversos ingredientes. Ciertamente es un ajiaco con sabor a justicia y dignidad plena del hombre. Esto tiene explicación histórica y cultural en la composición y naturaleza real de la sociedad cubana. Ello se expresa en el mestizaje racial y cultural, el cual forjó una síntesis universal de los más altos valores espirituales de la civilización occidental porque lo recreó en las condiciones económicas y sociales que se dieron en nuestra América, especialmente en Cuba, y orientada en dirección a los intereses de los pobres no sólo de Cuba, sino del mundo.

Esa síntesis se reveló objetivamente como alma al iniciarse la lucha por la independencia de la nación en 1868, estuvo presente y fue enriquecida en la mentalidad privilegiada y refinada formación artística, ética y política de José Martí, encontró en la sensibilidad estética y el talento superior del poeta José María Heredia, que expresó en bellos versos las ansias de independencia del pueblo cubano, posteriormente, Nicolás Guillén llevó a la poesía el ritmo mestizo de la nación y Alejo Carpentier desveló en su prosa magnífica el misterio de lo real maravilloso americano, y tantos otros creadores su acceso al mundo profundamente influyente y

creador del arte. Tal síntesis alcanza una fuerza popular de valer universal en la historia de la música y de la plástica cubanas. A partir de su raíz intelectual logró superar radicalmente la dicotomía anticultural que trazó un valladar infranqueable entre cultura y pueblo, entre culto y popular, lo cual sirvió de freno al movimiento espiritual durante la neocolonización.

Había sido rebasado ya por la cultura política y ética de Martí, rechazado científicamente en las investigaciones sociológicas de Fernando Ortiz y superado culturalmente por el pensamiento integrador de Alejo Carpentier. Dicotomía anticultural que se hace añicos hoy en lo mejor de nuestro cine, de nuestra música, nuestras artes plásticas y nuestra literatura.

Un proceso intelectual, que nutriéndose de las diversas capas del pensamiento occidental, eligió de todas ellas las sustancias mejores para el objetivo de la justicia y contribuyó eficazmente al proyecto revolucionario de la independencia nacional. En él no se planteaba la intolerancia y el dogmatismo, sino que se estimulaba la capacidad de pensar, la destreza en el actuar y la necesidad de fundamentarlo en el conocimiento.

José Martí asumió y enriqueció este inmenso saber en el plano filosófico cuando abordó el tema de la ciencia del espíritu y de la búsqueda del equilibrio. El hombre tenía que encontrarlo como individuo tratando de equilibrar sus facultades emocionales y las de carácter intelectual; subrayando asimismo la necesidad de procurar el equilibrio de las naciones y el mundo. Es un amplio campo que sirve para entroncarse con el pensamiento de Martí y las ideas filosóficas cubanas. Si el carácter sincrético ha sido estudiado en diversas ramas del arte y la cultura, es preciso investigarlo también el de las ideas filosóficas de modo que sirva para orientar la acción en las más profundas transformaciones sociales, económicas y políticas.

Si repasamos con inteligencia y amor lo más profundo de la historia de las ideas filosóficas de occidente, observaremos que las culturas de origen griego, judío y romano enriquecieron la cristiandad y fueron elemento esencial del comienzo del análisis intelectual en pleno oscuro Medioevo, es decir, se logran nuevas síntesis a partir de elementos presentes en diversas culturas.

Los grandes movimientos intelectuales nacieron y crecieron a partir de la articulación de elementos componentes de diversas culturas, armonizándolos como consecuencia de la labor de muchos sabios. En nuestro país tiene la singularidad de que se produjo de manera consciente en un corto periodo de años y hacia un objetivo concreto: la forja de una nación y la aspiración a la liberación de los esclavos sobre el fundamento de la justicia como sol del mundo moral. He ahí la esencia de los métodos electivos de José de la Luz y Caballero y sus continuadores.

La inmensa riqueza cultural acumulada en el siglo XIX llevó al erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo, desde posiciones reaccionarias, a destacar en 1892 que Cuba, bajo el dominio colonial de España había producido una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, a la de cualquiera de los otros países independientes de Hispanoamérica y alcanzado una cultura científica y filosófica que sobrepasaba lo producido en esos países.

Resulta paradójica esta apreciación de Menéndez y Pelayo ya que esa riqueza intelectual científica y filosófica de Cuba se halla en que le atribuye a la permanencia de la dominación española durante todo el siglo XIX, cuando fue precisamente el enfrentamiento a las ideas reaccionarias de la Metrópoli y el haber asumido las minorías intelectuales de la Cuba decimonónica la más alta cultura europea y universal en una sociedad integrada por masas de esclavos y en general, explotados, la

que forjó una elevada cultura orientada radicalmente a favor de los intereses de los pobres y explotados, y es seguro que el ilustre erudito hispano no llegara a conocer el crisol de ideas de José Martí. Ello determinó que la cultura ética alcanzó escalas superiores y, a la vez, se materializó o encarnó en millones de cubanos.

El contenido primigenio y fundamental de la cultura desde su génesis y larga evolución, es la justicia. Esta verdad científica, reconocida y fundamentada por las más prestigiosas investigaciones antropológicas y psicológicas acerca de cómo el hombre de la prehistoria forjó la civilización, ha sido ignorada y enturbiada por la mediocridad y por los intereses egoístas empeñados en mantener privilegios e impedir el triunfo de la verdad.

Está, además, confirmado por la historia de las civilizaciones, que éstas crecieron, avanzaron, retrocedieron o colapsaron en relación a cómo pudieron profundizar o no en el tema cardinal de la cultura: la justicia. Todo lo que nos acerque a la cultura nos aproxima a la justicia y a la inversa, todo lo que nos aleje de la primera nos distancia de la segunda. Lo que han hecho históricamente los reaccionarios es tergiversar el término cultura para defender sus intereses particulares con tergiversaciones del lenguaje relacionando su significado con fraseología que esconde las esencias de las aspiraciones redentoras del hombre. Sin embargo —como queda dicho— es la justicia, tanto desde el punto de vista antropológico como a lo largo de su evolución histórica, la que caracterizó la esencia humana. Estúdiense la historia universal y allí se encontrará que cuando hubo un movimiento a favor de mayor justicia, ha tenido como fuente principal la cultura. Esclarecer esta verdad que tiene —repito— antecedentes antropológicos e históricos es la tarea teórica y filosófica más importante de los revolucionarios en el siglo XXI.

El núcleo inicialmente más fuerte de la cultura comprende tres aspectos esenciales: el lenguaje, la ética y el derecho. Las formas para promover su materialización se refieren, fundamentalmente a la educación y a la política culta. En la articulación del lenguaje, la ética y el derecho con una educación y una práctica política culta se halla la idea martiana del equilibrio. Esto abarca el plano más amplio de las naciones y también de los individuos. En cuanto a la primera, recordemos que en carta a Manuel Mercado de fecha 18 de mayo de 1895, la cual quedó inconclusa por su muerte el día 19, señala que todo lo que ha hecho y haría sería «para [...] impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América»³. [...] Ya antes había afirmado que este propósito iba orientado a «contribuir al equilibrio del mundo», también apuntó que se trataba de «salvar los derechos de la América española e incluso el honor de la gran república del norte que [...] en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores [...]»⁴.

Propósito tan alto marcó la educación cubana a favor de una universalidad sólo alcanzable cuando se defienden los derechos de los pobres. Como he dicho, la fuerza de la cultura cubana se deriva de que nació, creció y se desarrolló a favor de la justicia, entendida esta en su acepción más amplia y radical sentido.

En los dos últimos siglos, a partir del desarrollo impetuoso del desarrollo económico, el capitalismo promovió la especialización del conocimiento en determinadas ramas lo que trajo aparejado el

aislamiento y la división del conocimiento en compartimentos estancos y la dispersión de los componentes de la cultura.

Los exégetas conservadores de la post-modernidad, han acabado por pervertir las coordenadas que enlazan cultura, ética y desarrollo económico-social; el único modo que tiene la humanidad de evitar una catástrofe ecológica y social es saneando esta relación, a ello se llega desarrollando la cultura en profundidad, que para los cubanos quiere decir el sagrado compromiso de defender los intereses de los trabajadores y explotados del mundo y concretamente, los de 11 millones de cubanos y sus descendientes.

Hoy se requiere con urgencia la integración. Ella es la que expresa la cultura cubana como la más alta aspiración. Tiene su fundamento en el hecho de que en nuestra historia espiritual se articularon dos corrientes esenciales de la tradición occidental, ellas son:

- La evolución del pensar científico que concluyó en su más alta escala con el pensamiento racional y dialéctico. A este respecto, después de Marx y Engels no se ha alcanzado nada más elevado en filosofía, a no ser por aquellos que partieron de sus fundamentos y los enriquecieron.
- La tradición del pensamiento utópico que tiene raíces asentadas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana y que en la civilización occidental se nutrió inicialmente, y en su ulterior evolución, de lo que conocemos por cristianismo.

Ambas líneas, necesarias para el desarrollo y estabilidad de las civilizaciones,

(3) *Ibidem*, t. 20, p. 162.

(4) *Ibidem*.

han venido siendo desvirtuadas y tergiversadas a lo largo de la historia por la confusión, la torpeza y las ambiciones de los hombres. Unas veces cayendo en el materialismo vulgar y otras en el intento de situarse fuera de la naturaleza ignorando sus potencialidades creativas.

Entre otras razones, por esto es muy importante estudiar las fuentes de que se nutrió nuestra cultura porque sus fuentes se convirtieron en semillas forjadoras de la cohesión de la nación cubana y se articularon en el siglo XX con el pensamiento socialista. Estas son las fuentes:

- El inmenso saber de la modernidad europea, tal como la hablan interpretado creativamente los maestros forjadores que nos representamos en Varela y Luz y Caballero.
- La más pura tradición ética de raíces cristianas que, como he dicho, en Cuba nunca se situó en antagonismo con las ciencias.
- La influencia desprejuiciada de las ideas de la masonería en su sentido más universal y de solidaridad humana. La inmensa mayoría de los Presidentes de la República en Armas, empezando por Carlos Manuel de Céspedes, fueron masones.
- La cultura de raíz inmediatamente popular que nos simbolizamos en el pensamiento y sentimiento con que la población esclava del Caribe asumió las ideas de la modernidad.
- La tradición bolivariana y latinoamericana que Martí enriqueció con su vida en México, Centroamérica y Venezuela, de donde partió hacia Nueva York en 1880 y proclamó: «De América soy hijo y a ella me debo». Martí se consideró siempre discípulo de Bolívar.
- Las ideas y sentimientos antiimperialistas surgidos desde las entrañas mismas del imperio. Hay que subrayar la presencia de Martí en los

años decisivos de su estancia en Estados Unidos y la de una amplia migración cubana que nos simbolizamos en los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso.

En el siglo XX, a partir de una síntesis superior de fundamentos martianos, se articuló todo este saber con el pensamiento socialista.

En Nuestra América existe una larga y arraigada tradición de espiritualidad y de ética que se manifiesta en la búsqueda de un mañana mejor de alcance universal. Esto explica los importantes movimientos de ideas que han tenido lugar en el último medio siglo:

- La renovación del pensamiento socialista que generó la Revolución cubana y que representamos en Fidel Castro y Ernesto Guevara.
- La explosión artística y literaria, y el pensamiento estético que se relaciona y tiene su fuerte en Alejo Carpentier y lo real maravilloso.
- El pensamiento social y filosófico, y la dimensión ética que observamos en la teología de la liberación cuando la analizamos en función del reino de este mundo.
- El movimiento de educación popular.

La importancia de la educación y la cultura nos viene desde los tiempos forjadores de la América bolivariana. Simón Rodríguez, maestro de El Libertador, a quien este llamó *Sócrates de América*, tenía enraizado en su conciencia el valor transformador de la educación y la enseñanza. Nos habló, con claridad, de la educación social del pueblo como un medio de hacer prevalecer sus intereses. Apreció en su ilustre discípulo el hombre capaz de esa revolución que es la que hoy precisamente necesitan América y el mundo. Pero hay más, el ilustre educador venezolano señaló que «sin la práctica, los principios quedan

en teoría». Es decir, se trataba de una idea alejada de la vida real, de una aspiración utópica sin posible realización; se trataba, en todo caso, de una utopía realizable hacia el futuro, es decir, la que necesitaba entonces América y la que reclama el siglo XXI para nuestra región y el mundo.

La cultura que representan Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Martí y Enrique José Varona tiene raíces en la Latinoamérica de su tiempo. Si la comparamos con la de la Europa decimonónica, diríamos que están, junto a las ideas del socialismo del viejo continente, en la cumbre más alta del saber universal de su tiempo. Resulta necesario superar radicalmente la idea de encasillar el pensamiento de estos hombres en el marco de esquemas y doctrinas europeas. Ellos son originales, y como tales no puede colocárseles etiquetas europeas. Por ahí andan las causas de que en Cuba pudiera articularse el ideal socialista con la tradición espiritual de nuestro país en el siglo XIX.

Es precisamente sobre tales fundamentos, donde se gestan los rasgos distintivos de la pedagogía que se halla en el corazón de la educación cubana y en especial, la universitaria:

- Destaca el papel de la ciencia y de los métodos de este carácter para estudiar el contenido de la naturaleza y sus potencialidades creativas a favor del hombre y el entorno ecológico.
- Exalta la aspiración utópica de la justicia en su alcance genuinamente universal como sol del mundo moral.
- La cuestión de la creencia en Dios la refiere a la decisión individual de la conciencia de cada hombre. Por esta razón, en la historia cultural cubana,

creyentes y no creyentes pudieron asumir la ética de raíz cristiana.

- Relaciona la educación con el trabajo socialmente útil, basamento de una enseñanza general y politécnica.
- Promueve la facultad de asociarse, la utilidad de la virtud y la solidaridad humana sobre principios de justicia.
- Forma en la conciencia que pertenecemos a América Latina y el Caribe y poseemos una vocación universal. «De América soy hijo: a ella me debo»⁵, señaló el Apóstol.
- Fortalece la ética alentando el amor a la familia, a la patria, a la humanidad, el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre y la idea martiana: «Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas»⁶.
- En el orden institucional, las reformas cubanas apoyan a las organizaciones estudiantiles y la necesidad de fortalecer la autoridad de los claustros de profesores y su funcionamiento.
- Destaca y fortalece el papel del derecho de acuerdo con la tradición jurídica cubana.

Todas estas aspiraciones se enriquecieron con el triunfo de la Revolución. Ellas habían servido de inspiración a lo mejor del magisterio y el profesorado cubano durante la primera mitad del siglo XIX. Desde luego, en la práctica de entonces estaban distorsionadas por la influencia de la corrupción, el entreguismo de los gobiernos neocoloniales, pero la escuela cubana exaltó estos valores en todas las épocas. En su discurso ante los tribunales cuando fue llevado a proceso judicial en ocasión de los acontecimientos del 26

(5) *Ibidem*, t. 7, p. 267.

(6) *Ibidem*, t. 6, p. 18.

de julio de 1953, conocido como «La Historia me absolverá», Fidel Castro subrayó el papel de la escuela cubana y de la tradición pedagógica de nuestro pueblo y exaltó la labor de nuestros educadores que recogieron y perpetuaron el sentimiento patriótico de la enseñanza en Cuba.

Los programas educativos, culturales y científicos se colocaron en el vórtice de las aspiraciones y necesidades inmediatas desde 1959. Con estas premisas se desarrollaron cambios profundos en la educación y la cultura que habrían de ser el fundamento de las reformas en todos los niveles de la enseñanza. Las mismas se plantearon, entre otros objetivos, los siguientes:

- La alfabetización de toda la población que no había tenido posibilidades de acceso a la enseñanza y la ampliación de los servicios docentes en todos los niveles. Es decir, lo primero a tomar en cuenta era la necesidad de una ampliación cuantitativa de la educación cubana, incorporando importantes masas de población que no habían tenido acceso a la enseñanza, lo cual se logró desde los primeros años. Al propio tiempo que se garantizaba la continuidad a los que ya habían alcanzado ciertos grados de escolaridad se emprendió la organización de cursos para obreros, campesinos y trabajadores en general a fin de que pudieran alcanzar niveles superiores.
- Una instrucción y educación que sirviera al desarrollo económico-social del país y a los objetivos de la liberación y enfrentamiento al imperialismo y a los enemigos de la «Patria».
- La educación y la instrucción nacional tenían que alcanzar altos niveles de calidad y para ello fue necesario

basarse en la historia pedagógica, científica y espiritual de Cuba y toda América Latina y enlazarse con las ideas más universales. Estas últimas estaban presentes entonces y ahora en el pensamiento martiano y la mejor aspiración socialista. Se inspiraban en lo pedagógico, en la vinculación del estudio con el trabajo y del conocimiento científico con la investigación, así como en la formación de los sentimientos de solidaridad y en la orientación científica del pensamiento.

Se inició un amplio plan de becas en todos los niveles de enseñanza que comenzaron por los brigadistas alfabetizadores de la histórica campaña de 1961. Se ampliaron las tareas educativas a las mujeres, a los trabajadores de diversos oficios indispensables para la Revolución.

Se comenzó a relacionar el empeño educacional con las necesidades del desarrollo económico y social y con los centros de producción. El vínculo entre la universidad y las instituciones de este carácter es una experiencia importante a estudiar. De igual manera, se amplió y desarrolló a amplias escalas la relación escuela-familia-sociedad.

La educación descansa en esos tres pilares, sin ellos será siempre incompleta. No habrá educación completa sin la interacción de estas tres entidades: escuela, familia y sociedad.

Hoy, al situar la cultura, comprendida la educación, como la máxima prioridad inmediata y mediata de la política nacional e internacional, Cuba se ha colocado hacia el siglo XXI, en los puntos más avanzados de la vanguardia ideológica universal, para enfrentar los graves desafíos que tienen ante sí América y el mundo. Y lo hace situando la cultura, como genuina creación humana, en el centro de la política y de las ideas.

A más de cuatro décadas del inicio de la «campaña de alfabetización» y en medio de una verdadera revolución educacional que aspira a llevar la universidad hasta los

municipios, permanecemos hoy más ape-
gados que nunca a aquella sentencia
martiana: «Ser culto es el único modo de
ser libre⁷».

(7) *Ibidem*, t. 8, p. 289.